

Sobre robarle al hombre y robarle a Dios (20.15)

No hurtarás (20.15).

Hace algunos años visitamos mi familia y yo la ciudad de Birmingham, Alabama, donde yo había predicado y también había trabajado como presentador de noticias seis años atrás. Siempre había llevado conmigo un mapa cuando iba a cubrir los eventos noticiosos por toda la ciudad, pero rara vez lo utilicé. Cuando llegamos para nuestra visita, traté de encontrar la casa donde habíamos vivido, pero no pudimos hallar el punto donde nos desviábamos de la carretera principal. Nos mantuvimos dando vueltas un rato con el fin de hallar la calle que nos llevaría a ella. Frecuentemente nos preguntábamos: «¿Has visto *eso* antes?». Estábamos confundidos porque todos los lugares conocidos que nos servían de derroteros para guiarnos a casa, ya no estaban allí. En cuestión de seis años la ciudad había cambiado completamente. Estábamos perdidos. Ya caía la noche y cundía el pánico, y aun así ¡yo no quería pedir ayuda para hallar mi camino! En cierto momento detuve el auto, sostuve mi cabeza entre mis manos y pregunté: «¿No tendremos un mapa de la ciudad de Birmingham en la guantera?». Mi mujer con paciencia me recordó: «Tú dijiste que no lo íbamos a necesitar». Fue muy tarde aquella noche, cuando por fin encontramos una habitación de motel disponible.

Nuestra sociedad está haciendo lo mismo que hice yo aquella noche en Birmingham. Hemos perdido nuestros derroteros morales y éticos. En un mundo que le rinde culto al éxito a cualquier precio, los antiguos derroteros de la honradez y la integridad están ocultos a nuestros ojos. Necesitamos sacar el mapa de caminos para la vida, la Palabra de Dios, y estudiar sus verdades.

Hay quienes argumentan: «¡La Biblia es difícil de entender!». Puede que algunas Escrituras causen extrañeza, pero el plan de Dios es claro. Tal vez sea esta una excusa que ponemos porque la Palabra de Dios nos declara culpables de pecado y nos hace sentir incómodos con nosotros mismos. Nos obliga a evaluar la clase de personas que a veces somos.

El octavo mandamiento, según el idioma original en que fue escrito, el hebreo, consiste en dos palabras. Su significado literal es: «No hurtar». En la Reina-Valera dice: «No hurtarás». Podemos observar a través de la experiencia, que el hurto viola los derechos y la dignidad de otra persona; sin embargo, el hurto es también una ofensa contra Dios. El hurto es, ante todo, una afrenta a nuestro Padre celestial. ¿Por qué?

El hurto es desobediencia directa a Dios. La expresión «No hurtarás» es un mandamiento claro. Desafiar a Dios equivale a irrespetar Su grandeza. *Dios es el dueño de todas las cosas.* Él dijo: «No te reprenderé por tus sacrificios, ni por tus holocaustos, que están continuamente delante de mí. No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus apriscos. Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados. Conozco a todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece. Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud» (Salmos 50.8–12). Por lo tanto, el hurto es la intención de tomar para nosotros algo que le pertenece a Él.

Dios da dones como a Él le place: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Santiago 1.17). Las bendiciones son de Dios para repartirlas como Él desea, y para reclamarlas como Suyas. El hurto viola el mandato sagrado de Dios.

El hurto es una muestra de falta de fe. El hurto es una señal de que se pone en duda la sabiduría de Dios para dispensar beneficios. Cuando tomamos algo con lo cual Él decidió bendecir a otro, estamos mostrando que no confiamos en la sabiduría de Dios. Pablo exhorta al que hurta a que «no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga con qué compartir con el que padece necesidad» (Efesios 4.28). Dios proveerá lo que necesitamos cuando trabajemos. No tenemos necesidad de hurtar o de robar.

¿Cómo roba una persona? Hay dos formas de robo. Podemos robarle a Dios, y podemos robarles a otras personas.

SOBRE ROBARLE A DIOS

¿Cómo le roba uno a Dios? Examinaremos tres maneras.

Cuando no damos de nuestro dinero

Cuando no damos a la causa del Señor tal como se nos ha ordenado, estamos robándole a Dios, según la Biblia:

¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde (Malaquías 3.8–10).

Los cristianos que se rehúsan a dar le están robando a Dios. Los que no dan suficiente también le roban. En ocasiones escucho que alguien ora: «Señor, bendícenos ahora que devolvemos una pequeña parte de lo mucho que nos has dado». Me he quedado esperando que alguien ore diciendo que estamos dando una gran parte, y así no ser acusados de estar robándole al Señor.

El profeta Malaquías clamó que el pueblo le estaba robando a Dios al no darle sus diezmos a Él. Dios no tenía necesidad del dinero de ellos, pero ellos necesitaban dar. El dar a Dios es un reconocimiento de nuestra dependencia de Él y de nuestro amor por Él. Si no le damos abnegadamente, jamás conoceremos lo que significa ser libres de nuestras propias posesiones. El dar es un reconocimiento de que las posesiones no son nuestras en realidad, sino de Dios.

Cuando no alabamos a Dios

Cuando no alabamos a Dios como deberíamos, estamos robándole la dignidad y la reverencia

debidas a Su nombre. Nuestras oraciones comienzan con acciones de gracias, pero por lo general no con alabanzas. La gratitud es el agradecimiento por lo que Dios nos ha dado. La alabanza expresa nuestro reconocimiento de *quién es Dios*. Cuando no hay alabanza estamos tratando a Dios como un mandadero celestial cuyo propósito es llenar nuestras necesidades. Debemos darle la alabanza que Él merece.

Alabad a Jehová desde los cielos;
Alabadle en las alturas.
Alabadle, vosotros todos sus ángeles;
Alabadle, vosotros todos sus ejércitos.
Alabadle, sol y luna;
Alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas.
Alabadle, cielos de los cielos,
Y las aguas que están sobre los cielos.
Alaben el nombre de Jehová;
Porque él mandó, y fueron creados.
Los hizo ser eternamente y para siempre;
Les puso ley que no será quebrantada.
Alabad a Jehová desde la tierra,
Los monstruos marinos y todos los abismos;
El fuego y el granizo, la nieve y el vapor,
El viento de tempestad que ejecuta su palabra;
Los montes y todos los collados;
El árbol de fruto y todos los cedros;
La bestia y todo animal,
Reptiles y volátiles;
Los reyes de la tierra y todos los pueblos,
Los príncipes y todos los jueces de la tierra;
Los jóvenes y también las doncellas;
Los ancianos y los niños.
Alaben el nombre de Jehová,
Porque sólo su nombre es enaltecido.
Su gloria es sobre tierra y cielos.
Él ha exaltado el poderío de su pueblo;
Alábenle todos sus santos, los hijos de Israel,
El pueblo a él cercano. Aleluya (Salmos 148.1–14).

Cuando no nos damos nosotros mismos

Le robamos a Dios cuando no nos damos nosotros mismos a Él. Pablo nos dijo: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1^{era} Corintios 6.19–20). Cristianos, estamos en deuda con Dios. Somos propiedad Suya, pues Él pagó por nosotros.

SOBRE ROBARLES A LOS DEMÁS

Judas, uno de los doce apóstoles de Jesús, era ladrón. Él comenzó su carrera en el crimen tomando del tesoro de los apóstoles: «Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella» (Juan 12.6). El latrocinio es sólo una de las muchas maneras como se les roba a otros. Echémosle una mirada a algunas de éstas:

Habló Jehová a Moisés, diciendo: Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová, y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare o calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso; en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre, entonces habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte, en el día de su expiación (Levítico 6.1-5).

No hagáis injusticia en juicio, en medida de tierra, en peso ni en otra medida. Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto (Levítico 19.35-36).

Cuando se toma prestado un objeto y no se devuelve, cuando se obliga a alguien por chantaje y cuando se usan pesas falsas, son todos ejemplos de robo.

Ivan Boesky, corredor de bolsa de Wall Street, usó información privilegiada para hacer ganancias en el mercado de valores. Los que mienten acerca del impuesto sobre la renta al no informar de ingresos en efectivo o al incluir más deducciones de las que legalmente les corresponden, están robando. Quitarle a un patrón es una manera común de robar, la cual sucede cuando los recursos de la compañía se convierten en alijos personales.

El *Christian Science Monitor* informó algunos años atrás, que 2 de cada 3 estudiantes estadounidenses de secundaria, dijeron que ellos cometerían fraude en un examen importante. La encuesta, llevada a cabo por Louis Harris, incluyó a más de cinco mil niños del cuarto al duodécimo grados.

James Davison Hunter, sociólogo de la Universidad de Virginia, dijo que le desalentaba el hecho de que muy pocas personas e instituciones están tomando la educación moral en serio. Los estudiantes necesitan que se les enseñe que cometer fraude es una forma de robo —se roban respuestas en lugar de llegar a ellas estudiando.

Estos son todos ejemplos de cómo tomamos lo que no es nuestro. Examinemos algunos de los peligros del robo.

LOS PELIGROS DEL ROBO

Los ladrones serán condenados al infierno. A los ladrones y a los estafadores se les menciona en 1^{era} Corintios 6.9-10, entre los injustos que no heredarán el reino de Dios.

El robo lleva al engaño y a la mentira. Stuart Briscoe, quien una vez fue inspector de bancos, comenzó a sospechar de un hombre sin que hubiera

razón aparente. El informe del banco decía que éste era uno de los mejores empleados. El hombre ni siquiera tomaba vacaciones porque no confiaba en que otro se encargara de sus responsabilidades. Briscoe descubrió por qué. El hombre llevaba un juego de libros para los inspectores y otro para los clientes que preguntaban por el estado de sus cuentas. Entre las diferentes cifras de uno y otro juego de libros había miles de dólares malversados. El hombre negó la verdad por meses, hasta que Briscoe probó el robo. Cuando se dio cuenta de que no podía seguir mintiendo, el malversador se arrojó a las ruedas de un tren en marcha.

El robo esclaviza al ladrón. La desobediencia deliberada a la ley de Dios acarrea sus propias retribuciones, tanto en el aspecto emocional, como en el espiritual. Además de los sentimientos de culpa, se sufre el constante temor de ser descubierto.

Los ladrones tienen problemas con la ley. Los ladrones a mano armada, los evasores del impuesto sobre la renta y los empresarios injustos están en riesgo de ser penalizados por la ley.

El robo hace que aumenten los costos para los demás. Los rateros de tiendas, por ejemplo, son la causa de que aumenten los precios en todo lugar. Ellos roban y nosotros tenemos que pagar.

El robo impide que se lleve a cabo la obra de Dios. Judas Iscariote robaba dineros que podían haberse usado para ayudarles a los que tenían necesidad. Si no damos como deberíamos, también estamos robando el dinero que podría contribuir a la obra del Señor. Cuando los cristianos se enredan en tratos de negocios injustos, ellos le causan daño a la influencia de la iglesia.

CONCLUSIÓN

Jesús conoció a cierto ladrón, un cobrador de impuestos llamado Zaqueo, y tal experiencia le cambió toda su vida a éste. Zaqueo les había robado a los pobres y a los ricos cobrándoles exorbitantes impuestos, pero él amaba a Jesús. Deseaba ver al Señor, pero era demasiado bajo de estatura como para poder verlo por encima de la multitud; así que se subió a un árbol sicómoro. Jesús lo vio y se invitó a sí mismo a la casa de Zaqueo para el almuerzo. Después de haber departido con Jesús, Zaqueo quiso corregir todos los males que había cometido.

Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa;... Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas 19.8-10).

Este hombre encontró la libertad sirviéndole a Jesús.

¿Le ha robado usted al hombre? Si lo ha hecho,

usted ha desobedecido a Dios. ¿Le ha robado a Dios? Tome la decisión de cambiar completamente su vida. ■

©Copyright 2001, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados